

Carta y Documento de Trabajo de los Provinciales Jesuitas de América Latina sobre el Neoliberalismo en América Latina

Queridos Compañeros:

1. Nosotros, Superiores Provinciales de la Compañía de Jesús en América Latina y el Caribe, siguiendo el llamado de la Congregación General 34 de profundizar nuestra misión: «anunciar la fe que busca la justicia», queremos compartir con todos los que participan en la misión apostólica de la Compañía de Jesús en el continente y con todas aquellas personas comprometidas con la suerte de nuestro pueblo, especialmente con los más pobres, algunas reflexiones sobre el llamado neoliberalismo en nuestros países. Nos resistimos a aceptar tranquilamente que las medidas económicas aplicadas en los últimos años, en todos los países latinoamericanos y el Caribe, sean la única manera posible de orientar la economía y que el empobrecimiento de millones de latinoamericanos sea un costo irremediable de un futuro crecimiento. Estas medidas económicas son fruto de una cultura, proponen una visión de la persona humana y trazan una estrategia política, que exigen un discernimiento desde los modelos de la sociedad a la que aspiramos y por la cual trabajamos en comunión con tantos hombres y mujeres movidos por la esperanza de vivir y dejar a las futuras generaciones una sociedad más justa y humana.

2. Nuestras consideraciones no pretenden ser el análisis científico de un asunto complejo que se debe estudiar desde diversas disciplinas. Son reflexiones sobre los criterios y consecuencias del neoliberalismo y sobre las características de la sociedad que anhelamos. Nuestra preocupación principal es de orden ético y religioso. Los comportamientos económicos y políticos a los que nos referimos reflejan, en el ámbito público, los límites y contravalores de una cultura inspirada en una concepción de la persona y la sociedad ajena a los valores del Evangelio.

La sociedad de la que somos parte

3. En el umbral del siglo XXI las comunicaciones nos unen estrechamente, la tecnología nos da nuevas posibilidades de conocimiento y creatividad, y los mercados penetran todos los espacios sociales. En contraste con la década pasada, la economía de la mayoría de los países latinoamericanos ha vuelto a crecer.

4. Sin embargo este auge material, que podría abrir esperanzas para todos, deja multitudes en la pobreza, sin posibilidad de participar en la construcción del destino común, amenaza la identidad cultural de nuestros pueblos, y destruye los recursos naturales. Calculamos que en Latinoamérica y en el Caribe por lo menos 180 millones de personas viven en la pobreza y 80 millones sobreviven en la miseria.

5. Las dinámicas económicas que producen estos efectos perversos tienden a transformarse en ideologías que absolutizan ciertos conceptos. Por ejemplo, el mercado: de un instrumento útil y hasta necesario para elevar y mejorar la oferta y reducir los precios, pasa a ser el medio, el método y el fin que gobierna las relaciones entre los seres humanos.

6. Esta razón ha permitido la generalización de las medidas económicas en el Continente, conocidas como «neoliberales».

- Ellas ponen el crecimiento económico - y no la totalidad de los hombres y mujeres en armonía con la creación - como razón de ser de la economía.

- Restringen la intervención del Estado hasta despojarlo de responsabilidades sobre los bienes mínimos que merece todo ciudadano, por ser persona.

- Eliminan los programas generales de creación de oportunidades para todos y los sustituyen por apoyos ocasionales a favor de grupos particulares.

- Privatizan empresas con el criterio de que en todos los casos el Estado es mal administrador. Abren sin restricciones las fronteras a mercancías, capitales y flujos financieros y dejan sin suficiente protección a los productores más pequeños y débiles.

- Pasan en silencio el problema de la deuda externa, cuyo pago obliga a recortar drásticamente la inversión social.

- Subordinan la complejidad de la hacienda pública al ajuste de las variables macroeconómicas: presupuesto fiscal equilibrado, reducción de la inflación y balanza de pagos estable, como si de allí se siguiera todo bien común y no se generaran nuevos problemas para la población.

- Insisten en que estos ajustes producirán un crecimiento que, cuando sea voluminoso, elevará los niveles de ingreso y resolverá, en consecuencia, la situación de los desfavorecidos. Eliminan los obstáculos que podrían imponer las legislaciones que protegen a los obreros, para incentivar la inversión privada.

- Liberan de impuestos y de las obligaciones con el medio ambiente a grupos económicamente fuertes, y los protegen para acelerar el proceso de industrialización: con ellos provocan una concentración todavía mayor de la riqueza y el poder económico.

- Ponen al servicio de esta estrategia económica la actividad política al quitar toda traba, todo control político y social, para lograr la hegemonía del mercado libre en todo campo, incluso en la contratación de la mano de obra.

- Ponen la actividad política al servicio de esta estrategia económica al quitar los controles políticos y sociales para lograr la hegemonía del mercado libre, en todo campo, incluso en la contratación de la mano de obra.

7. Reconocemos que las medidas de ajuste han tenido también aportes positivos. Los mecanismos de mercado han elevado la oferta de bienes de mejor calidad y preciosos. La inflación se ha reducido en todo el continente. Los Gobiernos han dejado tareas que no les competen para dedicarse, como es su deber, al bien común. Se ha generalizado la conciencia del valor de la austeridad fiscal que utiliza mejor los recursos públicos. Y las relaciones comerciales entre nuestras naciones, han logrado un avance significativo.

8. Estos elementos, sin embargo, están lejos de compensar los inmensos desequilibrios generados: gran concentración de los ingresos, la riqueza y la propiedad de la tierra; multiplicación de masas urbanas sin trabajo o que subsisten en empleos inestables y poco productivos; quiebras de miles de pequeñas y medianas empresas; destrucción y desplazamiento forzado de poblaciones indígenas y campesinas; expansión del narcotráfico basado en sectores rurales cuyos productos tradicionales quedan fuera de competencia; desaparición de la seguridad alimentaria; aumento de la criminalidad provocada no pocas veces por el hambre; desestabilización de las economías nacionales por los flujos libres de la especulación internacional; desajustes en comunidades locales por proyectos de empresas multinacionales que prescinden de los pobladores.

9. En consecuencia, al lado de un crecimiento económico moderado, aumenta, en casi todos nuestros países, el malestar social que se expresa en protestas ciudadanas y huelgas. Vuelve a tomar fuerza, en algunos lugares, la lucha armada, que nada soluciona. Aumenta el rechazo a la orientación económica general que, lejos de mejorar el bien común, profundiza las causas tradicionales del descontento popular: la desigualdad, la miseria y la corrupción.

La concepción del ser humano

10. Detrás de la racionalidad económica «neoliberal» hay una concepción del ser humano que delimita la grandeza del hombre y la mujer en la capacidad de generar ingresos monetarios. Esto exacerba el individualismo y el afán de ganar y poseer, y lleva fácilmente a atentar contra la integridad de la creación. En muchos casos desata la codicia, la corrupción y la violencia. Así, al generalizarse en los grupos sociales, destruye radicalmente la comunidad.

11. Se impone, por tanto, un orden de valores donde prevalece la libertad individual para acceder al consumo en las satisfacciones y placeres; legitimando, entre otras cosas, la droga y el erotismo sin restricciones. Una libertad que rechaza cualquier interferencia del Estado en la iniciativa privada, que se opone a planes sociales, que desconoce la virtud de la solidaridad y que sólo acepta las leyes del mercado.

12. Por el proceso de globalización de la economía, esta manera de comprender al hombre y la mujer penetra nuestros países con unos contenidos simbólicos de gran capacidad de seducción. Gracias al dominio que ejerce esta visión sobre los medios de comunicación de masas, se rompe la identidad de culturas locales que no tienen voz para hacerse oír.

13. Los dirigentes de nuestras sociedades, normalmente articulados con estos movimientos de globalización y embebidos en la aceptación indiscriminada de las razones del mercado, viven como extranjeros en sus propios países. Sin dialogar con el pueblo, lo consideran obstáculo y peligro para sus intereses, y no como hermano, compañero o socio.

14. Esta sutil y atrayente concepción considera como normal que nazcan y mueran en la miseria millones de hombres y mujeres del continente incapaces de generar ingresos para obtener un nivel de vida más humano. Por eso los gobiernos y las sociedades no experimentan el escándalo frente al hambre o a la incertidumbre de multitudes

desesperanzadas y perplejas ante los excesos de quienes, sin pensar en los demás, abusan de los recursos de la sociedad y de la naturaleza.

La sociedad que queremos

15. Gracias a Dios, hay iniciativas de transformación que insinúan el resurgir de un mundo nuevo desde diversos grupos culturales, etnias, generaciones, perspectivas de diversas clases y de variados sectores sociales.

16. Animados por estos esfuerzos queremos ayudar a construir una realidad más cercana al Reino de justicia, solidaridad y fraternidad del Evangelio, donde la vida con dignidad sea posible para todos los hombres y mujeres.

17. Anhelamos una sociedad en donde toda persona pueda acceder a los bienes y servicios que merece por haber sido llamada a compartir la vida como camino común hacia Dios. No reclamamos una sociedad de bienestar, de satisfacciones materiales ilimitadas. Clamamos por una sociedad justa, en donde nadie quede excluido del trabajo y del acceso a bienes fundamentales para la realización personal, como la educación, los alimentos, la salud, la familia y la seguridad.

18. Queremos una sociedad en donde todos puedan vivir en familia, mirar al futuro con ilusión, compartir la naturaleza y legar sus maravillas a las generaciones que nos sucederán.

19. Una sociedad que respete las tradiciones culturales que dieron identidad a los pueblos indígenas, a los pobladores que llegaron de otra parte, a los afro americanos y mestizos.

20. Una sociedad sensible a los débiles, a los marginados, a quienes han sufrido los impactos de procesos socioeconómicos que niegan al ser humano el primer lugar. Una sociedad democrática, construida participativamente, en donde la actividad política sea la opción de los que quieren entregarse al servicio de los intereses generales que corresponden a todos.

21. Somos conscientes del precio elevado que debe pagarse para alcanzar este tipo de sociedad, por los cambios de actitudes, hábitos y valoraciones que exige. Este propósito nos coloca ante el reto de apropiarnos de aquellos elementos positivos de la modernidad, como el trabajo, la organización, la eficiencia, sin los cuales no podemos construir esa sociedad que sonamos. Finalmente, queremos contribuir a la construcción de una comunidad latinoamericana entre nuestros pueblos.

Tareas

22. Tenemos delante una tarea enorme por realizar en distintos campos:

- Emprender, aliado de muchos otros, en nuestras universidades y centros de estudio, una seria investigación y una eficiente promoción desde las ciencias sociales, la teología y la filosofía sobre el ser humano en la naturaleza del neoliberalismo, con el fin de descubrir su racionalidad profunda y los efectos que golpean el ser humano y destruyen la armonía de la creación.

- Comparar y discernir las líneas de acción que se sigan del análisis para así tomar las opciones pertinentes.

23. Este conocimiento y estas decisiones deben llevarnos a:

- Acompañar en su camino a las víctimas, desde comunidades de solidaridad, para proteger los derechos de los excluidos y emprender con ellos, en el diálogo con los sectores que controlan las decisiones, la construcción de sociedades solidarias, abiertas y no-excluyentes.

- Fortalecer las tradiciones culturales y espirituales de nuestros pueblos para que se sitúen, desde su propia identidad, en el espacio de las relaciones globalizadas sin menos cabo de su riqueza simbólica y su espíritu comunitario.

- Incorporar en el trabajo educativo, que hacemos con muchos otros, el orden de valores necesario para formar personas capaces de preservar la primacía del ser humano en el mundo que compartimos.

- Dar a nuestros alumnos la preparación requerida para entender y trabajar en la transformación de esta realidad.

- Resistir enfáticamente a la sociedad de consumo y a su ideología de la felicidad basada en la adquisición sin límite de satisfacciones materiales.

- Comunicar y divulgar por todos los medios los resultados del análisis sobre el neoliberalismo, los valores que deben ser preservados y promovidos. Anunciar las alternativas posibles. Proponer soluciones viables en los espacios donde se toman las decisiones globales y macroeconómicas.

24. Desde la espiritualidad de San Ignacio de Loyola, empeñada en la transformación del corazón humano, trabajaremos por fortalecer el valor de la gratuidad, en un mundo donde todo se exige por un precio; por estimular el sentido de la vida austera y la belleza sencilla; por favorecer el silencio interior y la búsqueda espiritual; y por vigorizar la libertad responsable que incorpora decididamente la práctica de la solidaridad.

25. Para hacer creíble nuestro empeño, para mostrar nuestra solidaridad con los excluidos del continente y para evidenciar nuestra distancia del consumismo, procuraremos no solamente la austeridad personal, sino también que nuestras obras e instituciones eviten toda ostentación y empleen medios coherentes con nuestra pobreza. En sus inversiones y consumo no deberán apoyar a empresas que violen los derechos humanos y vulneren los eco-sistemas. Queremos así reafirmar la opción radical de fe que nos llevó a responder al llamado de Dios en el seguimiento de Jesús en pobreza, para ser más eficaces y libres en la búsqueda de la justicia.

26. Buscaremos con muchos otros una comunidad nacional y latinoamericana solidaria, donde la ciencia, la tecnología y los mercados estén al servicio de todas las personas de nuestros pueblos. Donde el compromiso con los pobres ponga en evidencia que el trabajo por el bienestar de todos los hombres y mujeres, sin exclusiones, sea nuestra contribución, modesta y seria, a la mayor gloria de Dios en la historia y en la creación.

Esperamos que estas reflexiones estimulen los esfuerzos por mejorar nuestro servicio a los pueblos latinoamericanos. Pedimos a Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de América Latina, bendiga nuestros pueblos e interceda ante Dios para que obtengamos abundante gracia para realizar nuestra misión.

Ciudad de México, 14 de noviembre de 1996

Fiesta de San José Pignatelli

Ferdinand Azevedo (Brasil Septentrional); Carlos Cardó (Perú); José Adán Cuadra (Centroamérica); Benjamín González Buelta (República Dominicana); Juan Díaz Martínez (Chile); Mariano García Díaz (Paraguay); Ignacio García-Mata (Argentina); José Adolfo González (Colombia); Mario López Barrio (México); Jorge Machín (Cuba); Allan Mendoza (Ecuador); Emilio M. Moreira (Bahia); Fernando Picó (Puerto Rico); Armando Raffo (Uruguay); Marcos Recolons (Bolivia); João Claudio Rhoden (Brasil Meridional); Francisco Ivern Simó (Brasil Central); Arturo Sosa A. (Venezuela).

APORTES PARA UNA REFLEXIÓN COMÚN

Documento de trabajo

Este documento, que acompaña la carta sobre el neoliberalismo en América Latina, es una ayuda para el estudio, el discernimiento y la búsqueda comunitaria de líneas de acción. No es un análisis científico de un problema tan complejo. Debe leerse como la presentación de elementos para el diálogo sobre un asunto estudiado, desde diversos ángulos, y es una invitación para intentar otras aproximaciones, en la búsqueda de un análisis más comprehensivo y de una manera de actuar como cuerpo con nuestros compañeros jesuitas, laicos y colegas, hombres y mujeres, con quienes nos une la causa de la justicia.

El texto presenta elementos conceptuales del neoliberalismo y de la concepción del hombre que conlleva. Muestra luego los efectos del neoliberalismo sobre los pobres y sobre el bien común de la sociedad. Concluye sugiriendo algunas líneas de estudio y acción.

1. Desde una perspectiva nuestra

Nosotros, seguidores del Señor Jesús pobre, no somos ni mejores ni peores que el pueblo latinoamericano y sus dirigentes. Con todo, hemos sido llamados para contribuir, en la Iglesia, a que Dios pueda manifestarse en el corazón de los hombres y mujeres, en las culturas y en los procesos de este pueblo.

Dedicados al servicio de percibir los signos que hablan de Dios en la realización del ser humano pleno o que lo silencian en las personas excluidas por otros, hemos aprendido, en el discernimiento, que cuando las personas permiten que Dios se manifieste, brotan en las comunidades el amor misericordioso, la solidaridad, el perdón, la justicia y la libertad.

Desde esta perspectiva hemos contemplado el desarrollo de nuestros pueblos en los últimos años. Vemos que, en la década de los años 80, el proceso de ajuste, necesario

para reorganizar las economías, superar el déficit fiscal y de balanza de pagos, pagar la deuda y recuperar el crecimiento, golpeó tremendamente a las mayorías populares de todos nuestros países.

Después, en los años 90, muy madurar el ajuste y la apertura, se esperaba que concluyeran los tiempos difíciles. Pero vemos que no ha sido así, a pesar de que efectivamente se ha dado un crecimiento económico moderado. Hay un sentimiento muy generalizado, en los sectores populares y pobres, de pérdida de la calidad de vida y existen evidencias contundentes de deterioro en la distribución del ingreso. Aumenta la protesta ciudadana y en algunos lugares ha vuelto a aparecer con fuerza la lucha armada como invitación a un cambio profundo de la situación. La desigualdad, la miseria y la corrupción, que son los tres grandes motivos del descontento general están presentes, y en no pocos aspectos se han agravado.

Allí están, en la pobreza 180 millones de hermanos y hermanas nuestros y, en la miseria 80 millones. Sabemos que este problema tiene una larga historia de modelos de crecimiento económico desigual y de desarrollo excluyente, donde al lado de grupos muy ricos y una clase media importante, multitudes inmensas han quedado por fuera de una vida humana digna. Pero vemos que en los últimos años esta situación tiene detrás una manera de dirigir la economía, llamada neoliberalismo, que además penetra la política y toda la vida social.

2. Una aproximación conceptual al neoliberalismo

El neoliberalismo, tal como se entiende en América Latina, es una concepción radical del capitalismo que tiende a absolutizar el mercado hasta convertirlo en el medio, el método y el fin de todo comportamiento humano inteligente y racional. Según esta concepción están subordinados al mercado la vida de las personas, el comportamiento de las sociedades y la política de los gobiernos. Este mercado absoluto no acepta regulación en ningún campo. Es libre, sin restricciones financieras, laborales, tecnológicas o administrativas.

Esta manera de pensar y de actuar tiende a hacer de la teoría económica una totalidad ideológica de algunos de los economistas más brillantes del capitalismo moderno, que crearon el pensamiento neoclásico. Pensadores que no pretendieron reducir el comportamiento del hombre y de las sociedades a los elementos que, para explicar en parte las relaciones y la vida compleja de las personas y las comunidades, ellos mismos habían planteado.

Por tanto el neoliberalismo no es igual a la economía que reconoce la importancia del mercado de todos los bienes y servicios sin absolutizarlo, ni es igual a la democracia liberal. Oponerse al neoliberalismo no significa estar en contra de la utilización eficiente de los recursos de que dispone la sociedad, no significa delimitar la libertad individual, no significa apoyar el socialismo de Estado.

Oponerse al neoliberalismo significa más bien afirmar que no hay instituciones absolutas para explicar o para conducir la historia humana. Que el hombre y la mujer son irreductibles al mercado, al Estado o a cualquier otro poder o institución que quiera imponerse como totalizante.

Significa proteger la libertad humana afirmando que sólo Dios es absoluto y que su mandamiento es el amor que socialmente se expresa en justicia y solidaridad. Y significa denunciar las ideologías totalitarias, porque cuando éstas se han impuesto, el resultado ha sido la injusticia, la exclusión y la violencia.

3. Un aporte sobre la concepción del ser humano subyacente al neoliberalismo

La Congregación General 34 nos invita a actuar ante el hecho de que «la injusticia estructural del mundo tiene sus raíces en el sistema de valores de una cultura moderna que está teniendo impacto mundial» (DA, n.24). Este impacto llega a nuestros países a través de la tecnología y los sistemas financieros internacionales.

Este impacto cultural, al radicalizarse por el neoliberalismo, tiende a valorar al ser humano únicamente por la capacidad de generar ingresos y de tener éxito en los mercados. Con este contenido reduccionista penetra en los dirigentes de nuestros países, atraviesa la clase media y llega hasta los últimos reductos de las comunidades populares, indígenas y campesinas, destruyendo la solidaridad y desatando la violencia.

Nos encontramos, así, ante un sistema de valores profundo, porque toca el corazón humano, y envolvente, porque impone sus mensajes convincentes, que atraviesa la vida social e institucional de América Latina.

La absolutización del mercado llega a plantearse hasta con connotaciones religiosas. Al decir que el mercado «es correcto y justo» lo convertimos moralmente legitimador de actividades discutibles. Hacemos que desde el mercado se defina el sentido de la vida y la realización humana.

Este sistema de valores se presenta en símbolos ambiguos con gran capacidad de seducción y, debido a su dominio sobre los medios de comunicación masivos, afecta fácilmente las tradiciones locales, no preparadas para establecer un diálogo que enriquezca a todas las partes y preserve la identidad y la libertad de hondas tradiciones humanas que no tienen poder en los mercados para comunicar sus mensajes.

No se nos escapan los elementos positivos del neoliberalismo en la movilización internacional llevada a cabo por las transformaciones tecnológicas que han permitido disminuir las enfermedades, facilitar las comunicaciones, acrecentar el tiempo disponible para el ocio y la vida interior, hacer más cómoda la vida en los hogares. Pero igualmente vemos los aspectos de estos procesos que disminuyen al hombre y la mujer, particularmente en el contexto de la radicalización neoliberal, porque - pretendiéndolo o no - desatan la carrera por poseer y consumir, exacerbando el individualismo y la competencia, llevan el olvido de la comunidad y producen la destrucción de la integridad de la creación.

4. Las políticas neoliberales

El neoliberalismo se manifiesta en sus políticas de ajuste y apertura que, con diversas connotaciones, se aplican en los países latinoamericanos. Estas ponen el crecimiento económico - y no la plenitud de todos los hombres y mujeres en armonía con la creación - como razón de ser de la economía. Restringen la intervención del Estado hasta despojarlo de la responsabilidad de garantizar los bienes mínimos que se merece todo

ciudadano por ser persona. Eliminan los programas generales de creación de oportunidades para todos y los sustituyen por apoyos ocasionales a grupos determinados. Privatizan empresas con el criterio de que la administración privada es mejor en último término para todos. Abren sin restricciones las fronteras para mercancías, capitales y flujos financieros y dejan sin suficiente protección a los productores más pequeños y débiles. Hacen silencio sobre el problema de la deuda externa cuyo pago obliga a recortar drásticamente la inversión social. Subordinan la complejidad de la hacienda pública al ajuste de las variables macroeconómicas: presupuesto fiscal equilibrado, reducción de la inflación y balanza de pagos estable; pretendiendo que de allí se sigue todo bien común en el largo plazo, y sin atender los nuevos problemas de la población que emergen de estos ajustes y que tienen que ser atendidos simultáneamente por una política de Estado. Insisten en que estos ajustes producirán un crecimiento que, cuando sea voluminoso, elevará los niveles de ingreso y resolverá por rebalse la situación de los desfavorecidos. Para incentivar la inversión privada, eliminan los obstáculos que podrían imponer las legislaciones que protegen a los obreros. Liberan de impuestos y de las obligaciones con el medio ambiente a grupos poderosos, y los protegen para acelerar el proceso de industrialización. Así provocan una concentración todavía mayor de la riqueza y el poder económico.

Estas medidas de ajuste han tenido aportes positivos, como la contribución de los mecanismos de mercado para elevar la oferta de bienes de mejor calidad y precios, la reducción de la inflación en todo el continente, el liberar los Gobiernos de las tareas que no les competen para darles oportunidad de dedicarse, si quieren, al bien común, la conciencia generalizada de austeridad fiscal que lleva a utilizar mejor los recursos públicos, y el avance de las relaciones comerciales entre nuestras naciones.

Estos elementos, sin embargo, están lejos de compensar los inmensos desequilibrios y perturbaciones que causa el neoliberalismo en términos de multiplicación de masas urbanas sin trabajo o que subsisten en empleos inestables y poco productivos; de quiebras de miles de pequeñas y medianas empresas; de destrucción y desplazamiento forzado de poblaciones indígenas y campesinas; de expansión del narcotráfico basado en sectores rurales cuyos productos tradicionales quedan fuera de la competencia; de desaparición de la seguridad alimentaria; de aumento de la criminalidad empujada no pocas veces por el hambre; de desestabilización de las economías nacionales por los flujos libres de la especulación internacional; de desajustes en comunidades locales por proyectos de multinacionales que prescindan de los pobladores.

5. Problemas de pobreza estructural que el neoliberalismo ahonda

El neoliberalismo surge al interior de la cultura moderna y, sin pretenderlo de manera explícita, produce efectos estructurales que generan pobreza y que venían actuando desde mucho antes del auge neoliberal en la década de los ochenta. Estos factores son, entre otros, la inequidad o injusticia en la distribución del ingreso y la riqueza, la precariedad del capital social y la desigualdad o la exclusión en las relaciones de intercambio.

5. 1. La mala distribución de la riqueza y del ingreso

La inequidad económica o desigualdad social impide a casi la mitad de los habitantes de Latinoamérica y el Caribe, alcanzar las condiciones materiales necesarias para vivir con dignidad y alcanzar el ejercicio efectivo de sus derechos.

El neoliberalismo, hoy día, al oponerse a la intervención redistributiva del Estado, perpetúa y acrecienta la desigualdad socioeconómica tradicional. El neoliberalismo introduce el criterio de que solamente el mercado posee la virtud de asignar eficientemente los recursos y fijar a los diversos actores sociales los niveles de ingresos. Se abandonan así los esfuerzos por alcanzar la justicia social mediante una estructura progresiva de impuestos y una asignación del gasto público que privilegie a los más desfavorecidos; dejando de lado intentos por la democratización de la propiedad accionaria o la reforma agraria integral.

5.2. La precariedad del capital social

Se entiende por capital social el acumulado de la riqueza humana, natural, de infraestructura y de instituciones que tiene una sociedad. Capital social es por tanto la cultura, el conocimiento, la educación, los recursos naturales, las vías y comunicaciones, que ofrece una nación a sus habitantes. Este capital se configura paulatinamente, con aquellas inversiones privadas y estatales que elevan las potencialidades y la creatividad de todos los hombres y mujeres de un pueblo. El capital social se fundamenta sobre todo en la participación de la sociedad civil y del Estado, en la expansión de las oportunidades.

Al mirar el capital social en nuestros países se encuentra que la oferta educativa es escasa y de baja calidad para más de la mitad de los pobladores de América Latina y el Caribe. La inversión en ciencia y tecnología es marginal en la gran mayoría de los presupuestos. Las condiciones de salud son malas. Hay un inmenso vacío de infraestructura de vías para las zonas de economía campesina, y de infraestructura para las mayorías de los hogares pobres urbanos o rurales. Avanza la destrucción de la riqueza natural y, al ponerse en marcha los procesos de descentralización administrativa en todos los países, se evidencia una gran fragilidad en las instituciones locales, particularmente en los pueblos pobres.

Podría decirse que siempre los pobres en América Latina han vivido este vacío de capital social, pero esta falla se ha agravado con las políticas neoliberales, por la retirada del Estado en favor de la iniciativa privada; por la disminución del gasto público; por el abandono del apoyo al patrimonio natural y cultural, y a las organizaciones de la gente.

5.3. Los mercados sin control social

El mercado como expresión histórica de la necesidad de los seres humanos de apoyarnos unos en otros para poder darnos posibilidades de realización presente y futura, no es ni bueno ni malo, ni capitalista ni socialista. Se plantea para todos como una relación que debe ser controlada, en libertad, solidaridad y destreza, para conseguir una existencia amable para todos. Como todo tipo de relación el mercado puede ser empleado perversamente para destruir a las personas y a los pueblos. Pero el hecho de que pueda darse esta perversión no puede llevarnos a olvidar el patrimonio de conocimiento y de cultura que en torno al mercado ha hecho la humanidad en su historia. El desafío no es destruir la relación de intercambio sino ponerla al servicio de

la realización del ser humano en armonía con la creación; colocarla dentro de un marco de condiciones de igualdad de oportunidades básicas para todas las personas; y dignificarla librándola de las fuerzas de dominación y explotación que llegaron a tergiversarla en el modo de producción que se generalizó en occidente.[1]

Con la entrada del neoliberalismo se han acentuado los desajustes que produce en la sociedad la actuación del mercado que no está bajo control por la sociedad civil y el Estado.[2] En efecto, al descuidar la producción de capital social el mercado queda al servicio de los más educados, de los que poseen infraestructura y ponen las instituciones a su servicio, y de los que concentran la información. Al establecer la desregulación laboral y financiera, el mercado traslada fácilmente el valor producido hacia núcleos de acumulación nacional e internacional. En muchos casos, no se ha incorporado al pueblo en la producción vigorosa de valor agregado. Y en procesos como la maquila o la economía informal, no se le ha permitido al pueblo participar en la riqueza que genera. De hecho no se ha dado un proceso de incorporación de los pobres, de los sectores populares, y clases medias en las relaciones económicas de manera creciente, con capacidades para retener el valor agregado por ellos y superar la pobreza.

El mercado de trabajo es elemento central de la integración de la economía mundial. En la actual competencia neoliberal las inversiones buscan mano de obra barata para competir internacionalmente. Se rebajan así los costos de producción y se perjudica a los obreros latinoamericanos, que son mal pagados, y a los obreros del Norte creando desempleo, porque las fábricas se trasladan al SUL. Por otro lado, sistemáticamente se impide el acceso de trabajadores de países pobres a países más ricos.

Los llamados capitales «golondrina», en un mercado financiero sin restricciones, se mueven sin otro propósito que aprovechar ventajas en los sistemas bancarios y monetarios, y pueden desestabilizar completamente cualquier país, produciendo efectos devastadores, aun sobre las economías más fuertes de Latinoamérica.

Los efectos del mercado sin control social han sido particularmente graves para los pobladores rurales, donde se sintió duramente el golpe de la apertura que sacó de la producción a millones de campesinos. Y donde la falta de capital social es mucho más profunda.

En consecuencia, al mirar la región en conjunto, se descubre que las políticas neoliberales profundizan problemas estructurales que están en la base de la pobreza: la distribución de la riqueza, el capital social, y las distorsiones sociales generadas por el mercado cuando actúa sin control social.

5.4. El neoliberalismo y la crisis social general

Es muy importante reflexionar sobre las relaciones entre el neoliberalismo y la crisis general de nuestras sociedades, porque percibimos que, al lado de la persistencia de la pobreza y del crecimiento de la desigualdad, viejos problemas de nuestras sociedades, que emergen de raíces premodernas y modernas, toman nueva fuerza. Estamos peligrosamente empujados por una cultura que radicaliza la ambición por poseer, acumular y consumir, y que sustituye la realización de todas las personas en comunidades participativas y solidarias por el éxito individual en los mercados.

En efecto, en todo el continente se advierte un rompimiento general de las sociedades que tiene múltiples causas y aparece en la inestabilidad de las familias, las múltiples y crecientes formas de violencia, la discriminación contra la mujer, la destrucción del medio ambiente, la manipulación de los individuos por los medios de comunicación, hostigamiento al campesinado y las comunidades indígenas, el crecimiento de ciudades inhóspitas, la pérdida de legitimidad de los partidos políticos, la corrupción de los dirigentes, la privatización del Estado por grupos con poder económico, la pérdida de gobernabilidad del aparato estatal, la penetración de consumos alienantes como la droga y la pornografía, la complejidad de procesos de secularización y de búsquedas espirituales que prescinden del compromiso comunitario y de la práctica de la solidaridad.

El neoliberalismo exagera esta crisis al llevar a la desaparición del bien común como objetivo central de la política y la economía. El bien común es sustituido por la búsqueda de equilibrio de las fuerzas del mercado. Contrariamente al pensamiento social de la Iglesia que considera que debe haber tanto influjo del Estado cuanto lo requiera el bien común, el neoliberalismo plantea escuetamente que lo mejor es tener menos influjo del Estado, cuanto se requiera para el buen funcionamiento macroeconómico y para el impulso de los negocios privados.

En este contexto, desaparece como horizonte la preocupación por la calidad de vida general de la población de hoy y de mañana, que antes se expresó en los llamados Estados de bienestar. Al desaparecer el objetivo del bien común, desaparece el sentido del hogar común o público.

Por eso no se necesita cuidar de la familia como núcleo y como célula de un bien común que ya no importa. La mujer pasa a ser simplemente fuerza de trabajo más barata. La naturaleza se convierte en una fuente de enriquecimiento rápido para las generaciones presentes, el campesino un ciudadano ineficiente, que tiene que emigrar.

En este horizonte donde lo público tiende a desaparecer, los partidos políticos, como propuesta de construcción de sociedad y de nación, pierden su razón de ser. La competencia política y administrativa se reduce a demostrar que el candidato o el presidente es el más capaz para crear las condiciones exigidas por el juego abierto y libre de los mercados. Unos y otros subordinados a programas de ajuste y apertura, impuestos por las mismas necesidades internacionales de los mercados.

No es de extrañar que, en este contexto, donde la comunidad es irrelevante y el bien común inútil, la violencia se acrecienta, la producción y el consumo de droga se disparen y se refuercen los elementos más contrarios a la realización humana, contenidos en la cultura actual, mientras se dejan de lado los aportes más valiosos de la modernidad y la postmodernidad.

6. Tareas que debemos emprender

Ante esta realidad, contraria al plan inicial del Creador, surge una exigencia de la fe, para que Dios pueda ser Dios entre nosotros. Se nos llama a resistir a dinámicas que destruyen a nuestros hermanos y hermanas y a trabajar con muchos otros en un cambio, para contribuir a construir una sociedad más cercana al Reino de solidaridad y fraternidad del Evangelio.

Debemos disponernos a asumir los costos que implica el pago de esta determinación. No tenemos alternativa. Es nuestra lealtad con el Señor Jesús la que está en juego. Es la fundación de las condiciones de posibilidad de la convivencia fraterna, por la que entregaron su vida los mártires jesuitas en diversos puntos de Latinoamérica.

Nuestra aspiración es contribuir en la construcción de una sociedad donde todas las personas, sin exclusiones, puedan tener los bienes y servicios que se merecen por haber sido llamadas a compartir este camino común hacia el Padre. Una sociedad justa, donde nadie quede excluido, sensible a los débiles, a los marginados, a quienes han sufrido los impactos de procesos socioeconómicos que no ponen al ser humano en primer lugar. Una sociedad democrática, construida participativamente, equitativa en las relaciones de género. Una sociedad donde podamos vivir en familia y mirar al futuro con ilusión, compartir la naturaleza y legar sus maravillas a las generaciones que nos sucederán. Una sociedad atenta a las tradiciones culturales que dieron una identidad propia a nuestros pueblos.

6.1. El estudio sobre el neoliberalismo

La primera tarea que tenemos es entender a fondo el neoliberalismo y las dinámicas sociales concomitantes, y llegar a descubrir su racionalidad y sus supuestos éticos.

Por eso proponemos emprender un proceso de reflexión y acción coordinada, que recoja los aportes intelectuales y las experiencias de las diversas Provincias, los sistematice de manera útil, y los ponga al servicio de una acción de mayor fruto, para un bien más universal, dentro de la Iniciativa de Apostolado Social de la Compañía de Jesús.[3]

Este proceso comienza por plantear con toda seriedad en las comunidades y obras las preguntas pertinentes: ¿Qué es esto del neoliberalismo y cómo vamos a conocerlo en profundidad? ¿Cuáles son sus raíces antropológicas, filosóficas, económicas, históricas? ¿Cuál es la ética implícita en sus posiciones y qué tiene que decir allí la teología? ¿Cómo debe colocarse ante él nuestra espiritualidad ignaciana? ¿Cómo discernir sus efectos en personas, instituciones, comunidades? ¿Cómo llegar al corazón de esta cultura en el diálogo con la modernidad, la globalización y la tecnología? ¿Cómo preparar a los jesuitas y particularmente a los jóvenes para practicar el discernimiento de esta realidad? ¿Cómo trabajar con muchos otros en nuestras obras, con las instituciones de la sociedad civil, con las iglesias y movimientos religiosos y con los gobiernos para ser eficaces aquí, donde se juega el sentido de los hombres y mujeres de nuestro continente? ¿Cómo dialogar con los que toman las decisiones técnicas y políticas que producen efectos devastadores en los pobres? ¿Cómo educar a nuestros alumnos para que sean capaces de trabajar en la construcción de un mundo distinto? ¿Cómo enfrentar la obsesión del consumo en los medios de comunicación y rescatar el humanismo, la estética, la fruición gratuita de la naturaleza, la riqueza del espíritu y la satisfacción del ejercicio de la solidaridad?

Esta tarea de investigación interdisciplinaria tenemos que hacerla junto con los laicos, y con otros cristianos y no cristianos, en una red apostólica que involucre nuestras universidades y centros de investigación y acción social y muchas otras instituciones comprometidas internacionalmente por la causa de la justicia y de la vida (CG 34, D.3, n.23).

El conocimiento de las dimensiones antropológicas que hay debajo de la corriente neoliberal y sus consecuencias debe ser parte de la cultura de todo jesuita. Por eso la importancia de la formación en Ciencias Sociales, Economía, Política, Ética pública..., para todos, a fin de poder asumir con claridad los desafíos que la situación nos plantea en el presente y para el futuro.

Al avanzar en el conocimiento de estas realidades complejas tenemos que pasar al discernimiento ignaciano y llevar a los Ejercicios, al acompañamiento espiritual y a la predicación las exigencias del Espíritu.

Tenemos que entregar a nuestros alumnos de colegios y universidades la comprensión de la situación y difundirla pedagógicamente por los medios de comunicación.

6.2. Superar la exclusión

Tenemos una tarea pedagógica inmensa: En un contexto donde desaparece el horizonte del bien común y donde cada uno busca su propio provecho en el mercado, la exclusión social se profundiza.[4] Hay que emprender un esfuerzo educativo formal e informal para transformar las instituciones, empresas y proyectos excluyentes, las políticas de la exclusión, y a los hombres y mujeres que son actores de exclusión, muchas veces sin conciencia de ello. Tenemos que empezar por examinarnos a nosotros mismos, nuestras preferencias y los grupos que frecuentamos. Nosotros también podemos ser parte de la dinámica de la exclusión. Y también hay que propiciar cambios en los excluidos, porque ellos a su vez son muchas veces la contraparte del tipo de sociedad nacional e internacional que hemos creado.

El desafío está en partir de los que han sido excluidos y desde allí, al lado de los pobres y caminando con ellos, proponer para todos la más inclusiva o incluyente de las sociedades posibles y viables. Por eso esta tarea llama a una transformación estructural de nuestras sociedades que va más allá de la resistencia a los elementos perturbadores del neoliberalismo. No se trata de incluir a los excluidos, en sistemas que son aparatos de generar exclusión. Se trata de un trabajo paulatino y paciente por crear la sociedad solidaria que no existe.

6.3. La superación de la cultura de la pobreza

Con esta expresión no se alude la cultura de los pobres, con sus valores y ambigüedades. La expresión se refiere a una manera de comportar se la sociedad total, en el ámbito nacional y continental. Una sociedad que, en sus cuadros directivos, en sus instituciones sociales, políticas, educativas y religiosas, y en sus pobladores populares, se ha acostumbrado a vivir con la pobreza, como algo normal. Aunque se tengan los medios para superar esta situación, no hay interés para ponerlos en práctica.

Puede decirse que esta cultura de la pobreza existe desde hace muchas décadas en América Latina, pero al propagarse el neoliberalismo en todos nuestros países, esta manera de ver y de sentir las cosas encuentra una justificación perversa. En efecto, para el neoliberalismo la existencia de millones de pobres y miserables en Latinoamérica no produce ningún escándalo. Estas personas no tienen nada que reclamar, porque no valen nada en el mercado. Y la economía no está para sacarlos de la pobreza, sino para producir más y vender más y ganar más.

6.4. Búsqueda de alternativas económicas viables

Una de las responsabilidades más urgentes es pasar del análisis crítico a las propuestas. Por eso tenemos que presentar alternativas viables de un desarrollo humano y sostenible, orientado por el bien común, y que garantice la realización de todos nuestros hermanos y hermanas, presentes y futuros, en armonía con la naturaleza.

En términos muy generales éstos son algunos de los temas que deben someterse al estudio:

- Los bienes que todos merecen

Nuestra atención debe ponerse ante todo en procurar que el Estado y la sociedad aseguren todos los bienes que las personas se merecen por ser tales, hijos e hijas de Dios. Bienes que deben garantizarse como derechos ciudadanos básicos, independientemente de si las familias son o no capaces de comprar estos elementos indispensables en los mercados. Tales bienes son la salud, la educación, la seguridad, el hogar y la vivienda. Estos son realmente bienes públicos. No buscamos la sociedad del bienestar dedicada a satisfacer las demandas insaciables de ciudadanos consumidores. Queremos una sociedad justa, donde cada persona tenga lo esencial para que pueda vivir con dignidad.

- Los recursos naturales

El desarrollo sostenible exige la seguridad ambiental y la equidad entre los hombres y mujeres actuales y los que vendrán en el futuro. Es indispensable presentar alternativas para que la economía dé a los recursos naturales un tratamiento distinto del que se impone hoy en el neoliberalismo, que no incorpora los costos y beneficios ecológicos y sociales de largo plazo. Tenemos la responsabilidad enorme de encontrar caminos nuevos, que garanticen la calidad de vida de todos, dentro patrones de consumo y extracción diferentes a los de los países del Norte y de las elites ricas de nuestras sociedades que destruyen el medio ambiente y se apropian de los bienes de la tierra, hasta el punto en que ellos, que son el 20 por ciento de la población del planeta, consumen el 80 por ciento de los recursos de la tierra.

- La equidad de género

En los últimos años, al disminuirse el ingreso de los asalariados y aumentarse el desempleo, las familias se han visto obligadas a participar con varios miembros frecuentemente en la economía informal. En estas condiciones de mercado de trabajo informal, la mujer de clase media y de los sectores populares se ve obligada a tener tres jornadas diarias de trabajo: ella trabaja para contribuir al ingreso familiar, lleva el peso del trabajo doméstico y atiende a los niños. La mujer es además utilizada como objeto de publicidad y artículo de comercio. En este contexto cabe recordar las reflexiones de la Congregación General 34 que nos hablan de «una discriminación sistemática contra la mujer» y nos propone contribuir en esta la tarea que «está en el centro de toda misión contemporánea que pretenda integrar fe y justicia» (D .14, nn. 3, 1).

En la situación latinoamericana tiene pleno sentido la expresión de la Congregación: «Hay una <feminización de la pobreza> y un <rostro femenino de la opresión>». Es

indispensable tomar aquí la llamada que se nos hace a alinearnos en solidaridad con la mujer. Particularmente escuchando a la mujer, enseñando explícitamente la igualdad esencial entre la mujer y el varón, apoyando los movimientos de liberación que se oponen a la explotación de la mujer, y haciéndola presente en las actividades de la Compañía.

- La política rural

La apertura neoliberal ha causado estragos en los campesinos de todo el continente. Los pequeños y medianos agricultores representan la mayoría de los productores agrícolas de casi todos nuestros países. Empezar un proceso distinto lleva a propiciar seriamente un conjunto complejo de medidas que implican, entre otras cosas: la participación de los campesinos en los procesos de modernización de las estructuras productivas, la investigación sobre sus sistemas peculiares, el acceso a las nuevas tecnologías y a la asistencia técnica, la vinculación al mercado nacional e internacional sin dejar el autoconsumo, el cuidado de las condiciones y necesidades típicas de los diversos productos y localidades, el crédito agropecuario, la tenencia de la tierra y su distribución y titulación, la desconcentración de los canales de distribución e información sobre mercados, el crédito, la provisión de vías, energía rural y servicios públicos de salud y educación. Todo esto, enmarcado en un horizonte de agricultura sostenible y de seguridad alimentaria.

- La política industrial

En el marco económico neoliberal el desarrollo tiene como motor la industria exportadora, sin embargo, aunque esta ha crecido, no es el motor del resto de la economía porque no está vinculada suficientemente a los demás sectores y depende en gran manera de importaciones. Hay que encontrar caminos de una producción manufacturera y agroindustrial diversificada, que apoye a la mediana y pequeña empresa, que satisfaga las necesidades básicas de la población, fortalezca el acumulado tecnológico de la sociedad, promueva la equidad y el crecimiento sostenible.

- La política laboral

Las dinámicas económicas vigentes tienden a competir internacionalmente bajando los costos laborales y pagando malos salarios. Es necesario impulsar estrategias justas que lleven a una inserción competitiva en los mercados basada en la calificación de las personas y la expansión de su creatividad, y en el cambio de la concepción de la empresa en una verdadera comunidad de trabajo.[5] Y hay que colocarse en un horizonte de superación del desempleo y el subempleo.[6]

- La deuda externa

El Sumo Pontífice nos invita a celebrar en el espíritu del libro del Levítico, el Jubileo del año 2000 haciendo de él un tiempo oportuno para pensar en «una notable reducción, si no en una total condonación de la deuda internacional».[7] No hay que perder de vista que la deuda externa constituye una limitación seria para el potencial del desarrollo equitativo y sostenible desde México hasta Chile. No podemos dejar de lado este tema de justicia internacional, que golpea la vida cotidiana de las mayorías populares y no deja de preocupar a la Iglesia. De allí la necesidad de contribuir presentar propuestas

bien fundamentadas para que la sociedad y los gobiernos de Latinoamérica y el Caribe puedan colocarse en una negociación donde se condone una porción importante de la deuda, particularmente la que se originó por el alza abrupta de las tasas de interés. Y que la parte de la deuda que no puede ser condonada se examine, para asegurar que su pago no perjudique el gasto social. Y es indispensable ayudar a formular alternativas para que todos nuestros pueblos enfrenten unidos este problema común, con base en investigaciones de conjunto y en una conciencia generalizada de la dimensión del problema y de sus repercusiones en la vida cotidiana de los pobres.

- Con el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional

El reto es hacer avanzar el diálogo y el estudio de propuestas rigurosas que nuestros compañeros jesuitas de todo el continente, a partir de la iniciativa tomada por el Center of Concern de Washington, han adelantado.

Ante la economía norteamericana deberíamos ayudar a dar aportes a un diálogo en torno a las decisiones que más afectan a América Latina: sistema financiero, instituciones, empresas multinacionales. Con particular cuidado se debe estudiar el sector financiero privado en nuestras universidades y centros sociales; este sector está movilizandando miles de millones de dólares que concentran el crédito en los países ricos, y producen efectos desestabilizadores en las principales economías latinoamericanas.

6.5. Superar la crisis de la sociedad

Como se vio arriba, la crisis de nuestras sociedades tiene un origen histórico, múltiples causas, y hoy se acrecientan con el neoliberalismo. Por la misma razón no podemos dejar de tocar aspectos fundamentales del bien común cuando tratamos de presentar alternativas a la economía política neoliberal.

- La construcción de la sociedad civil

«La Iglesia, cuya misión compartimos, no existe para ella misma sino para la humanidad» (CG 34, D.2, n.3). Afirmando sus raíces cristianas, y respetando la autonomía de las realidades terrestres, nuestras comunidades de solidaridad deben ponerse al servicio de la colectividad ciudadana en la construcción del espacio de lo público. Esta urgencia es tanto mayor cuanto más grande sea la presión en nuestros países hacia el silencio y la desaparición de las responsabilidades ciudadanas por la solidaridad y el bien común (D.3, n.7).

- La vigorización de la vocación política

Para superar la crisis de gobernabilidad y dignificar el servicio público, y para poner la política económica y los mercados bajo el control social que protege al bien común, debemos contribuir a la formación de los hombres y mujeres con vocación política. Para que ellos se entreguen a la construcción de Estados garantes de la dignidad de todos los ciudadanos y ciudadanas, y cuidadosos de los pobres.

- La transformación del Estado

Debemos contribuir a un estudio interdisciplinario que haga claridad sobre el Estado como agente importante en un modelo alternativo de desarrollo, sostenible, equitativo y donde el ser humano sea el centro; que presente alternativas al concepto neoliberal que pide que el Estado se reduzca al mínimo. Los ejemplos exitosos de desarrollo hoy en día muestran una acción estatal efectiva y eficiente para priorizar objetivos y gastos, imponer restricciones y distribuir pérdidas, con un papel importante del Estado en proyectos estratégicos y en el suministro adecuado de los bienes que todos merecen.

- La elaboración de una ética pública

Teniendo en cuenta que el neoliberalismo subordina el comportamiento moral al mercado y produce efectos destructivos de la comunidad, debemos contribuir, desde el seguimiento del Señor Jesús, quien es en última instancia nuestra ley moral, al establecimiento de una ética pública o civil, tarea en la que somos simples ciudadanos, con los demás, creyentes y no creyentes, responsables de establecer los valores morales pertinentes de una realidad con profundos cambios, valores sin los cuales nuestras sociedades no pueden sobrevivir y asegurar la realización de todos. En este esfuerzo seremos pedagogos, con muchos otros, de la vida, la búsqueda de la verdad, la justicia, los derechos humanos, la lucha contra la corrupción, la paz y la protección de la integridad de la creación.

Esta tarea ética tiene para nosotros, jesuitas, una dimensión más profunda. A saber, buscar estrategias apostólicas para que nuestro diálogo sobre las políticas del sistema económico lleve la sensibilidad evangélica hasta el fondo de la experiencia cultural: donde encontramos o rechazamos a Dios, construimos o destruimos el sentido del ser humano y de la naturaleza, damos o no paso al Reino. Ese es el lugar del discernimiento profundo, donde debemos colocarnos con lucidez, conocimiento y libertad, y donde colaboramos con otros en la construcción de relaciones sociales nuevas en transparencia, justicia y solidaridad.

Como una tarea particular, es indispensable que, con una actitud ignaciana de búsqueda del bien más universal, lleguemos a tocar la conciencia de los directivos que toman las decisiones económicas y financieras para que sus determinaciones técnicas tengan efectos positivos en la transformación de la cultura de la pobreza y de la muerte en una cultura de la vida compartida.

6.6. Una perspectiva Latinoamericana

Al hacer estas reflexiones es importante mirar a la totalidad de América Latina y el Caribe. Este territorio, de raíces culturales y espirituales comunes, ha sido considerado como un mosaico de naciones con destinos distintos. Mirar así las cosas hacia adelante no es posible. Equivaldría a aferrarnos a un pasado que se acabó.

Todavía no sabemos qué significa esta unidad latinoamericana. Pero el proceso acelerado que conduce hacia allá es vigoroso e irreversible.

Es muy difícil avanzar en esta dirección si perdemos la dimensión internacional (CG 34, D.3, n.23). De allí lo importante de profundizar el diálogo y las tareas comunes entre compañeros jesuitas, entre jesuitas y laicos con quienes trabajamos y entre nuestras instituciones.

Una visión así tiene que llevarnos a una solidaridad continental. Una solidaridad lúcida, que nos permita dialogar con nuestros compañeros de Norteamérica para emprender estudios y búsquedas comunes, para presentar alternativas a problemas como los de las empresas multinacionales que compiten con base en salarios bajos en nuestros países, y perjudican a los obreros de ambas partes del continente. Necesitamos unirnos, cuando la miseria empuja la migración de los latinos hacia Estados Unidos y Canadá; cuando el Norte vende armas a nuestros países para acrecentar violencias fratricidas y la guerra se vuelve una razón más de desplazamientos a otras fronteras; cuando los dineros de las cajas de pensión de los trabajadores de EE.UU. se invierten en mercados financieros volátiles en Latinoamérica; cuando también en Estados Unidos y Canadá disminuye la solidaridad social y crece la pobreza; cuando el freno a la expansión de la cocaína y la heroína sólo es posible si simultáneamente se trabaja para disminuir la demanda del norte y la oferta del sur.

Los problemas tienen connotaciones diferentes e intereses distintos en una y otra parte del continente. Ha llegado el momento de que los jesuitas latinoamericanos, unidos, podamos compartir con nuestros hermanos jesuitas del Norte para asumir juntos, en toda su complejidad, la búsqueda común, por el bien de la comunidad humana del continente a cuyo servicio estamos en la Iglesia.

7. Conclusión

Queremos asumir con seriedad la promoción de la justicia que surge de nuestra fe y la hace más profunda según las cambiantes necesidades de nuestros pueblos y culturas y según las peculiaridades del momento histórico de nuestro continente (CG 34, D.3, n.5). Siempre los hombres y mujeres estarán amenazados por la codicia de la riqueza, por la ambición de poder y por la búsqueda insaciable de satisfacciones sensibles. Hoy esta amenaza se concreta en el neoliberalismo, mañana encontrará otras expresiones ideológicas y aparecerán otros ídolos. Nosotros hemos sido llamados en la Iglesia para contribuir a la liberación de nuestros hermanos y hermanas del desorden humano y vamos a permanecer allí, en esta tarea al servicio de todos, situándonos al lado de nuestros amigos los pobres porque desde allí lo hizo Nuestro Amigo, el Señor Jesús (D.2, n.9).

Queremos conservar lo mejor de la herencia de dos décadas de «jugarnos nuestra suerte con la suerte del pobre».[8] Por eso deseamos multiplicar «las comunidades de solidaridad tanto de nivel popular y no gubernamental como de nivel político» (D.3, 11.10). Para fortalecer el trabajo por los derechos humanos y el acompañamiento a los sectores tradicionalmente excluidos: indígenas, campesinos, pobladores de los sectores populares de las grandes ciudades, desplazados y refugiados, mujeres, ancianos, víctimas de adicciones y del SIDA, y niños abandonados.

Invitamos a todas nuestras Provincias para que inicien un proceso de estudio y discernimiento sobre el neoliberalismo, la pobreza y la ruptura de nuestras sociedades, que influya en todos nuestros apostolados y tareas para enfrentar esta realidad. Encontramos que las comunidades de solidaridad pueden ser el instrumento privilegiado para este empeño.

Después de un tiempo prudencial cada una de nuestras Provincias presentará los resultados de este esfuerzo espiritual, intelectual y práctico. Estos resultados serán

estudiados y analizados por los Superiores Provinciales, con la ayuda de los coordinadores sociales, para ir uniendo esfuerzos en una perspectiva continental.

La totalidad de este empeño se adelantara en coordinación con la Iniciativa del Apostolado Social de toda la Compañía de Jesús.

Ciudad de México, 14 de Noviembre de 1996.

Publicado en Promotio Iustitiae n. 67, mayo 1997.

[1] Sollicitudo Rei Socialis n. 28.

[2] Por efecto de estos mercados el 20% de los habitantes del planeta tiene el 82.7% del ingreso mundial, mientras el 60% de los habitantes tiene el 5.6% del ingreso mundial. Las desigualdades y restricciones de los mercados internacionales y la condición de socios desiguales le cuesta a los países en desarrollo aproximadamente UR\$500 mil millones anuales, cifra que es diez veces mayor de lo que reciben como ayuda exterior. En el mercado financiero, el 20% más pobres de la población mundial tan solo participa del 0.2% de los préstamos internacionales de la banca comercial. El Norte, con cerca de una cuarta parte de la población mundial, consume 70% de la energía mundial, el 75% de los metales, el 85% de la madera y el 60% de los alimentos. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Desarrollo Humano: Informe 1992.

[3] Promotio Iustitiae 64 (junio 1996).

[4] En muchas partes del mundo, incluidos los países más desarrollados, las fuerzas económicas y sociales excluyen de los beneficios de la sociedad a millones de personas (CG 34, D.3, n.15).

[5] Centesimus Annus n. 32.

[6] Sollicitudo Rei Socialis n. 18

[7] Tertio Millenio Adveniente n. 51.

[8] Seminario Cesar Jerez, Los Neoliberales y los Pobres.